

BIBLIOTECA AMERICANA

Por Ernesto MEJIA SANCHEZ

AÑO DE ANIVERSARIOS el de 1958: *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Rodríguez Larreta, es de 1908; *Tabaré*, de Juan Zorrilla de San Martín, y *Azul...*, de Rubén Darío, aparecieron en 1888. *Por la vida*, la primera obra de Carlos Reyles, en noviembre del mismo año. La propia vida de Reyles oscila entre fechas terminadas en 8: nació en Montevideo el 30 de octubre de 1868 y murió en la misma ciudad el 24 de julio de 1938. Otros acontecimientos de su vida literaria incluyen dicha cifra: la tercera de sus "academias", *El sueño de rapaña*, se publicó en 1898; los primeros *Diálogos olímpicos*, en 1918.

Como para preparar la celebración de tantos aniversarios reyleanos, se ha impreso recientemente la obra póstuma de Luis Alberto Menafrá, bajo el título escueto de *Carlos Reyles* (Montevideo, Universidad de la República, 1957, 344 pp. + ind.), estudio biográfico y crítico, a la vez. Es una de las Publicaciones del Departamento de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo, cuyo jefe, el profesor Alfonso Llambías de Azevedo, presenta como "la contribución más valiosa que hasta el momento se haya escrito sobre una de las figuras representativas de la literatura iberoamericana". El profesor Tabaré J. Freire tuvo a su cargo "el ordenamiento de sus papeles [de Menafrá] y el cuidado de la presente edición"; esta labor consistió principalmente en distribuir una serie de notas autógrafas de Menafrá al pie de las páginas correspondientes, y en formar apéndices con los textos desconocidos de Reyles (I-V), que interrumpían la redacción de la obra, y con otras notas autógrafas (VI), de carácter más general.

Por la vida (1888), narración panfletaria y autobiográfica, es una obra juvenil, de los 20 años del autor. "Jamás la citó entre sus producciones —dice Menafrá—, e hizo todo lo que estuvo a su alcance para hacerla desaparecer. La primera edición fue muy limitada; posiblemente unos quinientos ejemplares. Sus amigos sabían que le producía enorme satisfacción el regalo de uno de esos volúmenes, para quemarlo inmediatamente. Sin embargo, algunos han quedado. Hemos visto dos o tres y suponemos que existan algunos más. Uno de ellos lo tuvo siempre sobre la mesa de trabajo, pues le agradaba leer el Prólogo, escrito con empaque y soberbia, so pretexto de humildad y sencillez... Creemos que su repudio se debía a razones de índole artística, y no al afán de borrar ciertos pasajes de su vida... Del punto de vista literario, no posee valor alguno... En 1888 atravesaba un período lleno de dudas e inquietudes, que no le permitieron acertar con su auténtica expresión. Además, le faltaba el ejercicio de la expresión, única vía por donde destila la concentrada esencia del estilo original. Sin embargo, y a pesar de sus flaquezas, demuestra que posee capacidad para decir las cosas sin recurrir a las formas corrientes. Su manera es áspera, pero está llena de sinceridad. Es una fuerza poderosa, que desdeña los caminos hechos, procurando trazar su

cauce original" (pp. 53-54). La cita es buena muestra del método expositivo de Menafrá: utilizó los datos de la vida y la obra muy objetivamente, pero acertó a darnos una valoración de cada una de sus etapas.

No siempre usó Menafrá las primeras ediciones de Reyles, a lo largo de su trabajo; por eso la bibliografía cronológica es más indispensable en este libro que no la registra. Se nota que el autor no tuvo tiempo de usar *La conversación de Carlos Reyles*, de Gervasio Guillot Muñoz (Montevideo, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, 1955, 55 pp.), N° 2 de la Serie II ("Estudios y Testimonios") de las publicaciones del Instituto dirigido por Roberto Ibáñez. Este simple "testimonio" es valiosísimo para conocer la personalidad, las ideas y lecturas de Reyles, entre 1929 y 1933; debe leerse paralelamente con biografía y crí-



Reyles— "empaque de ave solitaria"

tica de Menafrá, para llenar las lagunas de éste, en cuanto a la información literaria y las opiniones verbales de su héroe. Las dos fotografías que acompañan al folleto y la descripción física de Reyles, tomada de *La cruz del sur*, de Alvaro Guillot Muñoz (Montevideo, 1930), nos presentan a un Reyles de cuerpo entero, no exento de la hondura y complejidad espiritual que se percibe en sus obras: "Pequeño de estatura, pálido y magro, liviano y musculoso, Carlos Reyles tiene cierto parecido exterior con Amado Nervo y con aquel gonfalonero florentino del siglo XIV, Niccolò Da Uzzano, que inmortalizó Donatello, después de la guerra de los Médicis, en un busto policromado, íntegro de vida interior. El rostro enjuto, el ademán displicente, la mirada tajante como hoja toledana, la osatura y rasgos de busto romano, la elevación castellana de la ceja derecha, los labios apenas hilvanados, su empaque de ave solitaria, tal como lo estampó Zuloaga". Imagen patente todavía en el apunte póstumo de Paul Valentín, de 1939, que ilustra esta página, seguramente basado en fotografías.

Un reclamo de Menafrá a los críticos de la literatura americana hace pensar que

la redacción definitiva de su manuscrito es anterior a 1954 por lo menos, o sólo un poco posterior a sus artículos sobre *Carlos Reyles y la generación del 98* y la *Génesis de "El embrujo de Sevilla"*, publicados en "La Prensa" de Buenos Aires, 4 de febrero y 16 de marzo de 1941, y recopilados en su libro, pp. 205-208 y 222-236, respectivamente. Dice Menafrá: "En este sentido, mucho nos extraña que los críticos de la literatura americana pasen por alto a Reyles, cuando se trata de estudiar el Modernismo. Presentan a Rodó, con su opúsculo *El que vendrá*, como el estructurador del programa modernista. Olvidan que sólo comentaba a Reyles, siendo mucho menos categórico que éste. Recién en nuestros días, los críticos se han puesto más o menos de acuerdo sobre la verdadera naturaleza del Modernismo. Y lo más curioso es, que si comparamos sus conclusiones con las ideas de Reyles en 1896, llegamos al convencimiento de que, habiéndole prestado la atención que merece, hubieran llegado más pronto al mismo resultado" (p. 90). El reclamo es injusto después de la inclusión de Reyles en la *Breve historia del modernismo*, de Max Henríquez Ureña (México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 229-234), donde se cita el prólogo a sus "ensayos de modernismo", las *Academias* de 1896 a 1898, y se hace justicia a Reyles, porque "ese afán de recoger los latidos del vivir contemporáneo, tan inquieto y complejo, es precisamente uno de los aspectos que dieron carácter al movimiento modernista" (p. 230).

A este respecto cabe señalar, a guisa de complemento de la bibliografía antes apuntada, las páginas que Alberto Zum Felde ha dedicado a Reyles en su *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica* (México, Editorial Guaranía, 1954, pp. 356-360), no muy halagüeñas al ensayista, metido a predicador de *La muerte del cisne* (1910). Más ecuánime, Arturo Torres Ríosco, había estudiado la vida y la obra de Reyles, a propósito de su muerte en 1938 (*Revista Iberoamericana*, mayo y noviembre de 1939, N° 1, pp. 47-72; y N° 2, pp. 339-351).

Hora es ya de volver a las primeras narraciones y a las novelas que dieron firme prestigio a Reyles; a sus comentaristas de la primera hora: Rodó, Valera, Unamuno, etc., que justipreciaron la obra a la luz de su tiempo. Pueden leerse las críticas de Rodó a las *Academias* (*La novela nueva*, en *El que vendrá*, Barcelona, Editorial Cervantes, mcmxxx, pp. 137-158) y el prólogo a la edición retocada y definitiva de *El terruño* (Madrid, Sociedad General Española de Librería, S. A., 1927, pp. ix-xxix); las de Unamuno, sobre la "envidia hispánica" en *La raza de Caín* (*Obras completas*, III, Madrid, Afrodisio Aguado, S. A., 1950, p. 852), y sobre los temas hispánicos de *El embrujo de Sevilla*, las de R. Cansinos-Assens (*Evolución de los temas literarios*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1936, pp. 193-201).

La revaloración de Reyles no debe descuidar, ciertamente, su primera filiación modernista; tampoco la influencia que tuvieron sus temas hispánicos en la "generación del noventaiocho". *La personalidad literaria de Carlos Reyles*, que ha estudiado Martha E. Allen (*Revista Iberoamericana*, octubre de 1947, N° 25, pp. 91-115), es más rica de lo que a la simple vista parece.